





EL GUARDIÁN  
ENTRE LA ARENA



Urbano San Segundo

EL GUARDIÁN  
ENTRE LA ARENA



Primera edición: septiembre 2023

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Urbano San Segundo

ISBN: 978-84-19899-46-0

ISBN digital: 978-84-19899-47-7

Depósito legal: M-26524-2023

Editorial Adarve

c/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

[info@editorial-adarve.com](mailto:info@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

**SIC TRANSIT GLORIA MUNDI**





# Capítulo 1

## A unas millas de Melilla

Al principio, no había nada. Mi universo, que era yo, estaba vacío. Mi cabeza no poseía ninguna idea y mi corazón no conocía ningún sentimiento. Solo mi memoria guardaba algunos poemas elegidos por desconocidos, con prisas y al azar, y un par de experiencias de las que marcan para siempre. Dos cicatrices son testigo de lo que digo: una curada en la barbilla y otra que no termina de cerrarse en mi alma.

Todos y cada uno de mis largos, vacíos y repetitivos años los había pasado en un refugio subterráneo, bajo una tenue y azulada luz artificial, sin nada que hacer salvo releer una y otra vez los mismos textos y sobrevivir a los efectos de un ataque nuclear ocurrido mucho antes de que yo naciera.

Vivía en una rutina ensimismada y silenciosa que no me permitía avanzar más allá de los pocos y únicos aprendizajes que hice en mi primera infancia para adaptarme a aquel entorno seguro, cerrado y pobre. Fue fácil y rápido: vestir todos los días igual que todos los demás que vivían conmigo, comer lo mismo cada día en cinco raciones y

beber la cuota asignada de agua diaria. Durante muchos años, todo lo que hice fue repetir los mismos actos una y otra vez, un día tras otro. En todo aquel tiempo, las únicas novedades fueron la introducción de una ducha semanal cuando cumplí los trece años, alguna pelea por algún libro en la biblioteca comunitaria, un par de castigos sin raciones por saltarme alguna norma hueca y la ceremonia de paso al mundo adulto.

Fue un rito muy sencillo, pero con mucha pompa. Yo había cumplido treinta años unos meses atrás y podía tomar parte activa en la fiesta anual del «Rememorar». Al ser un miembro nuevo en el ritual y como había decidido formar parte de la cofradía de Cultura, tenía que recitar un poema ante toda la asamblea. Llevaba veinte años memorizando los textos orales que esta cofradía debía transmitir: poesías y textos tradicionales. Había elegido un poema sencillo de un autor español que se había convertido en un clásico, sin querer, cuando decidió romper con la poesía que hacían sus contemporáneos y volver al «itálico modo» buscando un nuevo renacimiento. Carraspeé un poco y comencé a recitar en medio de un silencio atronador:

*Una cúpula construirán  
que te cubra como un dosel  
tres culturas seguras en Melilla.*

*Entre el mar de Alborán  
y el desierto del Sabel,  
la ciudad más lejana de Castilla.*

*Blindada la semilla  
de guerras detonante,  
convivencia y vida  
mortalmente heridas  
en el espacio del cañón del caminante.*

*Nuestro triste destino  
Melilla, en tus piedras...*

Aquí me quedé cortado, no me acordaba del último verso del poema. Podía oír a mi alrededor cómo iba en aumento un murmullo de desaprobación. Estaba bloqueado y me salió un gesto de autoafirmación exigiendo que me permitieran seguir. Como si ya me acordara y cuando se hizo el silencio, recité lo primero que se me vino a la cabeza:

*Vivía en Estepaís,  
Estado que costó descentralizar.  
Lo tuvieron que deconstruir,  
a la fuerza hacerlo curar.  
Lo tenebroso no se debía heredar.*

*Así, salvándolo  
de dolor y oscuridad,  
lo mataron desmembrándolo  
imperio e inquisición,  
borrados con su herencia en una nueva constitución.*

Esta vez siguió el silencio, nadie aplaudió. Había hecho referencia a lo innombrable. El cofrade mayor hizo un gesto con la mano para llamar la atención de la asamblea, se acercó a mí, rellenó de polvo gris mi cajita de madera pulimentada y me dio un abrazo sin fuerza, sin palabras y sin ningún convencimiento, con el que indicaba que ya formaba parte de los adultos. Dejé el centro de la sala y me reuní con mis compañeros delante de la máquina silenciosa, en medio de un denso silencio, con la cabeza agachada para no enfrentarme con miradas de incompreensión y desaprobación. Me había delatado, ahora sabían que había uno que amaba al país causante de todos los males de nuestra historia.

¿Cómo podía sentirme tan humillado en el que tenía que haber sido uno de los días más felices de mi vida? ¿Cómo podía salir algo tan mal después de una vida entera de preparación y espera? No sé.

Nadie más tenía que pasar a edad adulta, no quedaba ningún residente de mi edad. Así que la ceremonia continuó.

La cofradía del Mantenimiento vestía con todo su esplendor ceremonial; guardapolvos grises recién estrenados cubrían sus monos verdes resplandecientes. Además, llevaban el casco con la visera bajada y una herramienta en la mano izquierda. Todos sus miembros se acercaron a la pared donde estaba el gran panel que ocultaba los controles de la Rocanegra. La puerta estaba muy deteriorada a pesar de los mimos y cuidados que le proporcionaban los miembros de la cofradía a cambio de la violenta

apertura que le hacían sufrir cada año desde que el mecanismo secreto que la abría había dejado de funcionar misteriosamente. Ocurrió el año que los cofrades habían decidido utilizar un gran mazo de goma ceremonial para pulsar el piloto rojo sobre el que ponía *open* hacia ya muchas fiestas.

Cuando la palanca sagrada de acero logró vencer la resistencia de la puerta colocada en la pared orientada al este, la cubierta negra de la máquina central se deslizó para atrás y la dejó al descubierto. Todos nos pusimos de rodillas a su alrededor en círculos concéntricos y sonreímos como indicaba la tradición. Uno de los cofrades se acercó al centro de la sala y echó aceite sobre toda la superficie de la gran activa silenciosa y, dando un paso atrás, observó cómo el milagro anual empezaba a reproducirse. Un tenue y oscuro vaho empezó a elevarse desde la máquina, y un fuerte olor a aceite quemado invadió toda la sala. Cuando la nube se retiró y el olor empezó a ser tolerable, otro cofrade se quitó la mascarilla que le tapaba boca y nariz, y comenzó a leer el sagrado texto del panel:

*«Mantenimiento: Una vez al año, debe cambiarse el filtro usado por uno nuevo de nuestra marca.*

*Instrucciones para el cambio: (Otro cofrade se acercaba a la máquina y actuaba sobre ella siguiendo los pasos del lector) Primero, deslice la palanca verde hasta la posición change; segundo, abra la escotilla roja y extraiga el filtro usado; tercero, ponga el filtro nuevo y cierre la escotilla, y, cuarto, gire la palanca verde hasta la posición anterior».*

El cofrade que actuaba miró de reojo al lector. Una sombra de duda se reflejaba en ambos rostros. El filtro no

era nuevo como pedía el texto sagrado, pero era el mejor de los usados y lo habían limpiado a conciencia. Se le hizo un nudo en la garganta al oír lo que le pareció un quejido proveniente de la silenciosa máquina. Tragó saliva y se metió de lleno en la ceremonia tratando de olvidarlo.

Después de un par de horas eternas en las que se cambiaron manguitos, gomas, tuercas, tornillos y arandelas de todo tipo y tamaño, se dio por concluida la ceremonia y nos fuimos a nuestros dormitorios.

Mi cabeza sobresalía sobre las de los demás que estaban en el pasillo. Al final de mi adolescencia, había caído enfermo con unas fiebres terribles y estuve en cama un periodo bastante prolongado de tiempo en el que pude crecer de golpe lo que tendría que haber logrado gradualmente y no hice. El caso es que di un buen estirón, me quedé bastante delgado, y ya no pudieron llamarme más medio niño. Mi pelo negro sobresalía sobre las cabezas de los demás por los pasillos, y mi piel tersa y morena contrastaba con la piel apergaminada de la mayoría. Los del refugio me decían que no parecía madrileño, que parecía del sur, de Córdoba o más al sur todavía, de Marruecos o algún país árabe. Me sentía un poco distinto también por eso, no era en todo uno más.

El reflejo de los cristales del pasillo central me devolvía la mirada de unos ojos oscuros, en los que no quedaba ya ningún resto de la excitación que había sentido los años de espera ante lo que tenía que haber sido un día mágico. El día que pasé al mundo adulto, mis ojos perdieron su alegría, no sé.

Por lo menos tenía la caja tradicional llena de polvo gris otra vez. Pensé en lo que había tardado en lograr aquella valiosa posesión que los mayores utilizaban antes de cada rito y que los transformaba durante los mismos. Solo nos daban una pequeña muestra en la ceremonia de las duchas, y yo la había agotado de una sola vez una tarde en la que no soportaba más mi desdichada adolescencia. Aquella primera ingestión de los polvos sagrados fue el detonante de mi larga convalecencia en la cama y la causante de mi terror a los elefantes. Muestra de la decadencia en la que vivíamos es que nunca se pusieron de acuerdo sobre qué enfermedad había sufrido y cómo pude sobrevivir después de un mes entero con fiebre, sin medicamentos y sin médicos.

Iba por el pasillo mirando mi reflejo en todos los cristales y superficies metálicas, acariciando con mimo mi caja de madera como el que toca por fin un tesoro recién encontrado tras años de búsqueda. Llegué ensimismado a mi nuevo dormitorio individual. Era muy pequeño comparado con mi anterior habitación. Originalmente, había estado destinado para siete ocupantes, pero, desde hacía mucho, el número de personas había dejado de ser un problema en el refugio, así que no tendría que compartirlo con nadie.

Además de no tener que luchar por el espacio, tampoco tendría que luchar por guardar mi intimidad. De todas formas, a nadie le importaba nada lo que le pasara o sintiera nadie. Estábamos acostumbrados a no apreciar a los demás y no sentir nada que no fuera indiferencia. Sa-

bíamos que podía pasarnos lo que a muchos otros antes: morir por cualquier cosa para la que ya no quedaba ayuda ninguna. Todos intentábamos que ninguno fuera amigo; solo compañeros de cautiverio. Nuestras relaciones más fuertes eran con el tutor o con algún mayor que todavía se atrevía a hacernos caso, aunque solo para hablar y contar recuerdos de una vida simple de encierro sin ninguna novedad en varias generaciones. Aun así, me hice muy amigo de Enrico Chispero, la única persona que quedaba de mi edad; bueno, un año menor. Tendríamos que esperar trescientos sesenta y cinco largos días para poder estar juntos en el nivel de los adultos, por estas manías del refugio de seguir las normas a rajatabla como única garantía para sobrevivir un día más. A mí me parecía absurdo tener a dos personas en dormitorios distintos en los que ellos eran los únicos ocupantes. Y el de Chispero era para catorce. No sé.

Mientras pensaba esto, llegué por fin a mi nuevo aposento. Me costó soltar la caja de polvos para depositarla en aquel estante tan extraño. Era el único forrado de madera de la gran estantería de metal que cubría por completo la cara norte del dormitorio. La madera era muy antigua, de cedro del Líbano, tallada con momentos clave de las crónicas de Israel en la pared del fondo y con personajes históricos españoles en los laterales. Originalmente, creo que todo el refugio era así, forrado en madera tallada con las historias y leyendas de España e Israel en una amalgama bastante chocante, no sé. Hasta que, tras el veinticinco aniversario en el refugio, la gente fue



cambiando la forma de pensar sobre nuestro país, y, al final, aquel proceso de conversión antiespañola explotó en una locura iconoclasta que acabó en pocos días con todo lo que pudiera recordar algo de la historia anterior al ataque nuclear. Solo se salvó este estante, que heredaba yo por alguna razón que desconozco. Tal vez se cansaron de romper o no tenían sitio para los restos.... No lo sé. Todo lo demás del refugio era metálico, frío y lleno de aristas. Puse la cajita al lado de mi único marco de madera, con su valiosísimo cristal intacto con una reproducción a color de la diosa Cibele. En otros estantes alguien había colocado todas mis posesiones: dos pares de zapatillas azul marino, dos monos de un azul muy desgastado, ropa interior, calcetines blancos, una navaja multiusos de Albacete, una linterna y unas gafas de sol nuevas para utilizar en alguna ceremonia.

Me senté un momento sobre la cama. Quería buscar y sentir con calma la felicidad que me correspondía. ¡Por fin era adulto! Ya era de la clase privilegiada. Tal vez no le importaba a nadie, pero a mí sí. ¡Y tenía mi caja de polvos llena! Me mantuve unos minutos en silencio, intentando sentir felicidad o algo parecido, y, entonces, ocurrió lo que no había pasado nunca. La luz del mueble comenzó a parpadear. Me quedé petrificado mientras la luz siguió fallando hasta que se apagó definitivamente y una luz amarillenta ocupó el lugar de la luz blanca fluorescente de siempre. Cuando todavía no había reaccionado a estos cambios, se produjo otro más sorprendente: el rumor que había acompañado cada momento de nuestra vida

también estaba decayendo; terminó desapareciendo definitivamente y dejó en su lugar un silencio apabullante y desconocido. Enseguida empezaron las voces y los ruidos. Algo pasaba con la máquina sagrada.

Me abalancé a toda velocidad hasta la sala de las ceremonias; pero, cuando llegué, la puerta estaba cerrada. ¡Había reaccionado tarde! ¡Primeros momentos como adulto y me quedaba fuera de la sala! Todos los demás del refugio estaban dentro. Había estado demasiado ensimismado en mis pensamientos con la caja en la mano y no había notado los primeros cambios. Los demás sí lo habían hecho y habían ocupado la sala de ceremonias antes de que terminaran las fluctuaciones en la luz de sus habitaciones.

Corrí hacia el ascensor para subir al nivel superior, donde había un ventanal desde el que seguían las ceremonias los pequeños. Allí pasé años apiñado con los niños mayores hasta que fueron desapareciendo, y, en las últimas ceremonias, ya solo estábamos Chispero y yo. Desde allí podía mirar y enterarme de lo que ocurría. El ascensor no funcionaba, otra novedad; corrí hacia las escaleras para subir al piso superior. Llegué a la ventana justo cuando abrían de nuevo la puerta de la Rocanegra.

La gran sala me parecía más grande que nunca. El blanco original había amarilleado mucho, pero seguía teniendo dignidad. El negro brillante de la máquina central destacaba sobre el resto. Y aquellas figuras grises y verdes diseminadas por distintas partes del círculo alrededor de la «Gran Silenciosa» completaban lo que podía ser un

cuadro pintado en homenaje al primer mapa del mundo.

Todos estaban inmóviles alrededor de la máquina mirando en un silencio respetuoso y tenso; intentando comprender. Los de la cofradía del Mantenimiento se habían reunido de nuevo ante la carcasa abierta, y rociaban con aceite y acariciaban con mimo cada pieza en el interior de la máquina con la esperanza desesperada de que volviera a ponerse en marcha. Me puse de rodillas automáticamente, como todo el mundo, a esperar el milagro. Pero, en lugar del vaho sagrado saliendo de la máquina, lo que vi fueron unas partículas de polvo en suspensión que comenzaban a descender desde la altura, y un humo blanquecino que empezaba a subir desde el suelo, justo debajo de la máquina. Los habitantes del refugio empezaban a hacer movimientos extraños y a poner gestos terribles. No podía oír nada tras el cristal blindado, pero parecía que tosían, gritaban e intentaban coger aire. Actuaban desesperados, como si la atmósfera se hubiera hecho irrespirable. Los más mayores comenzaron a caer al suelo con grandes espavientos de asfixia. Miré hacia arriba, hacia el lugar del que venían aquellas partículas cada vez más numerosas, y vi como las grandes aspas que cerraban la cúpula se paraban del todo al acabarse la inercia que las impulsaba. Volví a mirar a la gente, una especie de neblina sucia empezó a ocupar todo el espacio: primero a la altura del suelo, después hasta las rodillas de mis compañeros de refugio que intentaban, desesperados, abrir la gran puerta de la sala, pero esta solo se abría cuando se cerraba la compuerta de la gran

silenciosa. Y aquella permanecía abierta. Golpeé el cristal con todas mis fuerzas para llamar la atención de los que seguían vivos. «Cerrad la compuerta, la compuerta...», les gritaba, y golpeé y golpeé una y otra vez hasta que me quedé sin fuerzas. Mientras, los iba viendo caer al suelo, inertes, uno a uno hasta que la niebla asesina llegó hasta mi altura y ya no pude ver más. No quedaba nadie con vida. Había visto caer asfixiados a todas las personas que habían compartido mi vida durante estos tediosos treinta años: padres adoptivos, los mayores, los compañeros de juego, los cofrades, mis amigos; a todos.

Mi cabeza estaba tan llena y mi corazón tan desbordado que no podía sentir ni pensar nada en claro, estaba bloqueado sin poder moverme, en *shock* por lo que acababa de vivir. Tenía la mente en blanco, era como vivir una película; no podía ser que me hubiera pasado a mí. No pude moverme hasta que empecé a notar que me faltaba el aire y empecé a comprender que era real. Olía a humo, y las partículas en suspensión empezaban a ocupar todo el aire del refugio. Salió a la superficie de mi mente un pensamiento que tenía ensayado desde que nació: tenía que escapar de allí.

Además, si quería volver a respirar aire puro, tendría que ir a buscarlo fuera del refugio. Luché por tranquilizarme y pensar con claridad. Necesitaba mis cosas para enfrentarme a lo desconocido; este pensamiento también lo tenía ensayado desde hacía mucho tiempo. Antes de escapar no me podía olvidar de coger la que había preparado por si ocurría algo así. Me levanté como un resorte

esperando que Chispero me siguiera como siempre, pero no estaba. Corrí a mi dormitorio y saqué del estante secreto mi mochila de supervivencia, a la que añadí todo lo que cabía, y salí disparado hacia la puerta del refugio: la gran puerta de acero que nos protegía del exterior. Estaba oxidada, como todo en el refugio. Era un rectángulo entre marrón y rojizo de unos cuatro metros de altura, tres metros de largo y unos cuarenta centímetros de ancho. Por efecto de la parada de la máquina, se había desencajado dejando una ranura abierta. Era muy estrecha, apenas me entraban el hombro y media cabeza; tenía que agrandar aquella abertura si quería sobrevivir. El pasado seguro había terminado, como siempre había deseado; pero no sentía la alegría esperada, en su lugar me embargaban la incertidumbre y la tristeza. Además, apenas podía respirar ya. Esos pensamientos y sentimientos tiraban de mí para que me sentara al lado de la ranura y no hiciera nada. Pero, sorprendentemente, me seguía moviendo impulsado por el deseo de sobrevivir. Palpando las paredes, di con una de las tuberías usadas que las adornaban y arranqué un trozo con el que hacer palanca, la encajé en la abertura y apreté con las últimas fuerzas que me quedaban. La compuerta cedió unos centímetros, probé y casi cabía entero, pero empezaba a desollarme la piel y a arrancarme el pelo contra el filo del metal oxidado. Volví corriendo a buscar aceite, había en todas las salas como recuerdo de las ceremonias anuales. Enseguida lo conseguí y volví al lado del portón. Me desnudé rápido y arrojé fuera del refugio mis pertenencias, después me eché en-

cima el contenedor de aceite que había encontrado y me embadurné bien cabeza, cuerpo y extremidades. Ya casi no quedaba aire. Me arrimé a la abertura de la compuerta y me escabullí por ella como un pez se escapa entre las manos del pescador para volver al agua y a la vida. Había vuelto a nacer.

## Capítulo 2

### Casi muerto en el desierto

Me libré del aceite sucio que cubría mi cuerpo lo mejor que pude con las manos y me puse el mono y las zapatillas de nuevo. Tras la puerta había un túnel en curva aparentemente largo tallado bastante en la piedra. La alta bóveda de cañón me recordaba el interior de una catedral románica hecha por obreros del Paleolítico. A medida que avanzaba, el túnel se iba iluminando y yo iba pasando de la oscuridad a la luz.

Al llegar a la boca del túnel, casi me quedé ciego de tanta luminosidad. Mis ojos no podían aguantar la intensidad de aquella luz cegadora. Tuve que volverme un rato hacia la oscuridad e ir abriendo los ojos poco a poco para acostumbrarlos a esa energía lumínica pura. Aun así, cuando salí afuera del túnel por segunda vez, me protegí del sol de manera instintiva, apretando los antebrazos con fuerza contra las gafas negras que me había puesto como protección. Sentí un dolor intenso al clavármelas contra la cara.

Mantuve los ojos apretados hasta que se me pasó el dolor. Cuando los abrí, por fin, vi un panorama que no comprendía. Dos colores ocupaban todo el espacio delante de mí: azul y amarillo. Una llanura infinita de dunas de fina arena y un cielo inmenso sin una sola nube. A mi espalda, un agujero negro en una pared vertical de piedra rojiza y morada. Una columna muy fina de humo gris claro salía de aquella boca de roca. No parecía una señal que pudiera atraer a alguien que estuviera cerca. No podía esperar; si quería sobrevivir, tendría que buscar yo la ayuda y adentrarme en aquella nada árida bicolor. Pero ¿hacia dónde?

Como había hecho siempre, me dejé llevar sin pensar. Era la gravedad la que me movía, y ese movimiento inseguro me hizo sentir bien entre tanta tristeza y soledad. Moverse era bueno. En aquel momento, me movía hacia adelante y hacia abajo, y cada vez a mayor velocidad. Al segundo o tercer paso, tropecé y caí rodando hasta el final del terraplén, a bastantes metros de dura pendiente más abajo. Aprendí que el suelo no era liso y que había que levantar un poco los pies para avanzar. También comprendí que no me podía fiar de lo que me decían mis ojos. El espacio abierto afectaba a la fiabilidad de mi vista. Pero casi no me dio tiempo a pensar en aquellas novedades. Al tropezar, había dejado de mirar al suelo y me había quedado observando lo que parecían elefantes y lagunas a lo lejos. Y empecé a sentirme muy preocupado mientras descendía rodando por la pendiente; me levanté de un salto y me puse a andar deprisa por un terreno que



no se parecía nada a las dunas que había visto desde la boca del túnel. El suelo era plano, duro y pedregoso; era como si hubiera caído en el fondo de un valle en el corazón de un planeta Marte descolorido.

Me paré de golpe, aunque la incertidumbre y el miedo me oprimían el pecho y me dolía el recuerdo de mis compañeros, quería enmarcar mis primeros pasos fuera del refugio como un momento especial en mi vida. Intenté juntar unas palabras adecuadas con algo de significado para la ocasión, pero solo me venían la cabeza unos versos del Cid cuando abandonaba Castilla desterrado, así que dije en voz alta: «De los sos ojos tan fuerte mientras lorando tornava la cabeça e estaba los catando...». Aplastado por lo que acababa de vivir y curvado hacia el suelo, como Rodrigo sobre Babieca, me puse a andar por aquel lugar de destierro. Definitivamente, el amarillo y el azul luminosos habían desaparecido; el terreno era entre marrón claro desgastado y ceniza blanquecina. Miles de tonos diferentes entre dos colores tan agotados. Intenté subir por el talud del costado del camino por el que había caído para orientarme de nuevo. Me costó mucho esfuerzo ascender un par de metros, tuve que conformarme con aquella altura tan exigua. Ascender montañas estaba descartado.

Una abubilla cruzó por delante de mi vista, a unos metros «giró a la diestra», buen augurio según el Cid, para regresar hacia donde yo estaba y, una vez sobre mi cabeza, volvió a girar hacia el sureste. Seguro que quería cazar algún insecto, pero a mí me pareció que me indicaba el

camino; no sé. Era la mejor opción porque ir hacia el este o el sur significaba adentrarse en el gran desierto de dunas infinito, con el peligro añadido de esas posibles balsas que había visto antes de caerme. Si iba hacia el norte, tendría que atravesar la imponente cordillera en la que estaba oculto el refugio. En esa zona, era imposible, las paredes casi verticales parecían una muralla-escudo insalvable. Así que me decidí a avanzar en dirección suroeste acompañando aquel muro natural, y buscar un paso entre las montañas por el que intentar volver a ir hacia el norte para llegar al Estrecho. Si no encontraba un puerto de montaña, podía seguir hasta el Atlántico y cruzar hasta las islas Canarias, allí no habían caído bombas, no sé.

Me quité la mochila de la espalda para sacar la cantimplora y beber un poco de agua. La abubilla se paró en la rama de una acacia seca, parecía esperarme para guiarme por el camino elegido. De repente, levantó el vuelo hacia el norte y atravesó la columna de humo apenas visible ya en su camino hacia las montañas. Para colmo, un mono de Gibraltar, que no sé de dónde salió, me quitó la mochila de un tirón y desapareció con ella tan rápido como se había presentado.

Solté un suspiro y empecé a andar sin muchas ganas ni convencimiento arrastrando los pies de nuevo. ¿Cómo podía ser? Acababa de conseguir mi ansiada libertad, estaba fuera del refugio y todo era nuevo para mí. Delante de mis ojos tenía un mundo entero por descubrir..., pero la pesadumbre que había sobre mi alma podía más; no sé... Estaba ensimismado en pensamientos vacíos como

siempre, mientras avanzaba hacia adelante en modo automático, zigzagueando por un camino laberíntico encajonado entre paredes muy altas hasta que, sin saber cómo, había salido a un lugar más abierto. El suelo plano y pedregoso se decoloraba con mi progreso, era como si estuviera pasando de Marte a la Luna. Me dolían las plantas de los pies. Millones de años de erosión habían convertido la piedra silíceo en polvo apelmazado en un suelo muy duro, casi liso y muy claro. No había marcas y estaba haciendo el camino al andar. Tenía que tener cuidado de no desviarme de la senda que iba creando, porque, enseguida, la tierra compacta se convertía en arena suelta. Si no quería entrar en las dunas, no podía despistarme y salirme de la ruta trazada mentalmente. Enseguida aprendía a elegir las zonas del camino en las que el suelo se oscurecía porque parecía que se ablandaba y podía andar más cómodo; eso sí, siempre pendiente del mar de dunas. Iba con la cabeza totalmente agachada, mi campo de visión se reducía a dos pasos delante de mí, y solo rompía esa monotonía al pasar el suelo de claro a más oscuro algún tropezón con alguna de los millones de piedras que jalonaban el camino. Me faltaba solo el caballo para ser igual que el Cid saliendo de Castilla; no sé.

Tras el último traspicé me paré a mirar por dónde iba. Muy lejos, hacia el sur, había aparecido otra gran fila de montañas. Si seguía en la dirección elegida por la abubilla, me adentraría en un valle muy amplio que transcurría entre dos cordilleras con montañas infranqueables. Estaba casi seguro de que eran el Atlas y el Antiatlás, lo había vis-

to en los mapas que adornaban las paredes de la biblioteca del refugio. Creo, no sé. En el mapa, el valle era estrecho, apenas una mancha amarilla entre negros, grises, marrones y verdes. En la realidad, todo era gris, oscuro y cerrado. Una vez dentro, no me quedaría más remedio que seguir hasta encontrarme con el Atlántico o, tal vez, con la muerte. Empezaba a temerlo de verdad porque me moría de sed, de calor y de cansancio. Además, recordaba que en las paredes de la biblioteca también había murales con la fauna y la flora, así que sabía que podía haber lobos o algo peor acechando a mi alrededor. Para colmo, me agobiaba el recuerdo de que había vislumbrado entre las dunas algunas zonas oscuras que podían ser oasis con charcas y elefantes.

De vez en cuando, caminaba sobre lo que parecían restos de asfalto de alguna antigua carretera. Aunque había intentado seguirla para ver si me llevaba a un pueblo o algún refugio donde encontrar ayuda, se había portado como un Guadiana. El asfalto aparecía y desaparecía aquí y allá; además, cada tramo te llevaba en una dirección distinta. Pecibía aquella maldita carretera como un metáfora de las teorías religiosas y filosóficas que habían encaminado al mundo hacia su destrucción, así que decidí dejar de seguirla. Fue como si, en mí, la humanidad hubiera aprendido algo y me sentí bien al caminar sin guía. Otras veces caminaba sobre restos de construcciones antiquísimas de las que no podía ver su forma. ¿Qué podían haber sido? ¿Por qué no quedaba ni una pared de pie en la que poder refugiarme en su sombra? Me imaginaba como un

turista paseando entre ruinas de civilizaciones ancestrales, y volvía a ensimismarme en esos pensamientos para intentar olvidarme de la sed y del cansancio. Ante lo que parecían los restos de un templo, hice una especie de oración ante los antiguos dioses pidiéndoles que volvieran y que trajeran con ellos de vuelta a la humanidad.

Y seguí adelante tratando de huir de lo que pensaba y sentía, buscando siempre el cobijo de alguna sombra que fuera un poquito más grande que la mía. Me cruzaba con alguna pequeña acacia mora o algún arbusto, pero el exiguo refugio que ofrecían, apenas lo había vislumbrado, lo había dejado atrás.

A la vez que caminaba, iba recitando los poemas memorizados o rememorando los mitos clásicos como el de la caverna de Aristóteles. ¿En qué posición tendría que estar el foco de luz para producir su efecto en la oscuridad y hacer aparecer, así, en ella la sombra de todas las cosas? Yo estaría en lo profundo de la caverna, de espaldas a la abertura por la que entraba la luz, claro, de cara a la pared, como si me hubieran castigado una eternidad por cualquier pecado de mis antepasados.

¿Qué haría al ver la proyección del agua que sale de una fuente o de un surtidor? ¿O qué sentiría ante la sombra de un vaso de cristal lleno de un líquido transparente y el posible arcoíris que derramara sobre la pared de la caverna?

¿De qué material estaría hecho el muro sobre el que irían colocando los objetos reales para ser proyectados? ¿Quizás de los materiales que iba pisando como sílice,

pirasfalto, yeso molido, arcillas, margas...? ¿O, tal vez, algún mineral o material de origen celestial? ¿Era esa la experiencia más cercana a los dioses que podría vivir en mi nueva existencia?

Inopinadamente, apareció en el horizonte una vieja señal de carretera que había permanecido en pie y en la que todavía se podía leer N-6. Me recordó a aquella antiquísima película en la que el protagonista esperaba en medio de la nada al lado de una señal de tráfico en la que ponía «Indiana 41». Esta era una señal doble que me decía que estaba a mucha distancia de cualquier sitio y que tenía la muerte en los talones. No sé.

De manera sorprendente, aquel símbolo espabiló mi conciencia y me animó un poco. Se me ocurrió una idea para poder abarcar tan vasto y amenazante territorio. Lo afrontaría como lo hacían los peregrinos del Camino de Santiago: repartiría la distancia en jornadas. Para empezar, caminaría cinco jornadas de unos veinte kilómetros cada una, alguno más si se me daba bien. Como un peregrino, abriendo mi alma a lo que el camino quisiera darme, podría silenciar mi mente al miedo, la sed y el dolor.

Estaba atardeciendo, se me ponía el vello de punta al ver cómo la oscuridad avanzaba poco a poco por aquella inmensidad y se apropiaba de ella. ¡Qué sentimiento de incertidumbre, hasta que aquellas sombras cambiantes y amenazantes que empezaban a rodearme se fijaban un poco y se podía intuir el posible nombre de lo que representaban!

Pero no sentía miedo, me daba seguridad la decisión que había tomado junto a la señal. Me obligué a que la

sed dejara de ser mi pensamiento principal mientras miraba el reflejo dorado, producido por la puesta de sol en las nieves perpetuas del pico más alto de las cumbres cada vez más lejanas. Qué irreal parecía aquella escena desde el desierto circundante.

Mientras avanzaba sin cesar para que no me alcanzaran las sombras del atardecer, cada vez más cercanas, revivía las historias que contaban los más ancianos del refugio: las subidas de sus antepasados al pico Peñalara, las marchas hasta llegar a su cumbre nevada, los descensos rodeando la laguna del mismo nombre. Nada quedaba de todo aquello, y nada se podía hacer por recuperarlo.

Volví a la realidad ante un barranco que había aparecido de repente delante de mis pies. Tuve que hacer un esfuerzo por frenar mi inercia. Di un paso atrás en cuanto logré recuperar el equilibrio y observé con más detenimiento dónde me encontraba. Detrás de mí ya no se veía la señal de tráfico en el polvoriento camino por el que había llegado hasta aquella profunda zanja labrada por el agua. El paisaje de esta zona había sido arrasado por fuerzas muy superiores a las del hombre, como riadas y torrentes devastadores creados por lluvias con el poder de dar forma a la tierra. El clima estaba destrozado, por supuesto; podía llover torrencialmente en unas horas o minutos lo que tenía que caer en un año. Además, presas, represas, pantanos, acequias, muros de contención y toda la infraestructura del agua creada durante milenios por el pueblo árabe seguro que estaba destrozada también; no sé. Nada podía sujetar el agua cuando corría desbo-

cado por estos wadis de suelo liso, pedregoso y arenoso. Deseaba que no ocurriera nada parecido mientras deambulaba por el valle, aunque creía que me daría tiempo a subir a la primera loma o pared para ponerme a salvo. Si no estaba durmiendo o ensimismado, no sé.

Al otro lado del barranco, el suelo de arena endurecida tenía encima una capa de polvo suelto verdoso. Seguramente, eran los vestigios de los lodos y limos recogidos y pulverizados por el desierto que provenían de los fondos oceánicos cuando este territorio era mar de Tetis. El valle se había convertido en cañón en esta zona por la que seguía avanzando. Me acerqué a una de las paredes en vertical y rasqué con mi cayado de peregrino en busca de un fósil sin conseguirlo. Cavé un poco más, y, enseguida, me cansé y me puse a andar de nuevo sin dejar de raspar la pared a medida que avanzaba; al poco tiempo, se desprendieron unas piedras de la pared que rodaron hasta mis pies. Había un trilobites que parece que sonreía ante la ironía de que todo en ese lugar hacía referencia al agua y sus efectos, y no se veía ni una gota en todo ese desierto del que estaba rodeado. Yo no me reía.

El camino volvía a ensancharse, desapareció el polvo verdoso mullido y volvió el suelo duro salpicado de piedras con filos cortantes. El agua de las riadas no tenía paciencia para redondearlas, solo el ímpetu y la violencia para aliarse con ellas para destruir a su paso arrasando, barriendo, limpiando cualquier resto de lo que fuera que hubiera antes, dejando todo más vacío.



El valle se había ensanchado muchísimo y las montañas se habían alejado. Era como andar por un mar interior que se hubiera desecado. Allí estaban las dunas de nuevo, y una sucesión de colinas desérticas de tierra compacta blanca y marrón más o menos altas. Ni una planta en kilómetros a la redonda de donde estaba. Definitivamente, aquel paisaje parecía obra de un dios agotado.

En aquel instante, agradecía que la oscuridad se fuera adueñando del paisaje, porque el cerebro se me estaba volviendo líquido.

Pensaba: «La noche cayendo está, refresca, avanzando un poco más voy a seguir. Hasta el mar mucho falta. Casi dormido voy. A Dalí recuerdo y su: “Dadme dos horas de actividad despierto, y seguiré las otras veintidós dormido”. Seguir andando quiero dormido. Buscar un refugio en las montañas para pasar la noche necesario es».

Algo me alertó, se empezó a mover el viento, y a mi espalda retumbaban sonidos lejanos como de un motor de combustión gigantesco al que le costaba arrancar y lo iba haciendo poco a poco. Me volví buscando el origen del ruido, y vi que se había desatado una tormenta poderosa en las montañas. Multitud de rayos relampagueando luchaban por abrirse paso entre enormes nubes muy negras que envolvían las cumbres. Miré a mi alrededor, buscando una abubilla que me guiara, pero no se veía ningún pájaro por ninguna parte. Tenía que buscar un refugio seguro para pasar la noche, pero sabía que lo urgente de verdad era encontrar agua. Pensé que, posiblemente, podría encontrarla en aquellas sombras que había

vislumbrado entre la arena. Como no tenía fuerza para volver atrás, decidí huir otra vez hacia delante, tratando de olvidar mi sed y mis miedos, y afirmé mi paso entre las dunas. Pero mi seguridad se había esfumado con mis últimas energías. De repente, me pareció ver un pájaro a lo lejos.